UN CUENTO PARA CELEBRAR

Como ya sabéis muchas cosas sobre San Vicente de Paúl: que era sacerdote, que amaba a los pobres, que enseñaba a todos cómo les habíamos de estimar, etc. etc., hoy, que celebramos en la escuela su fiesta, aprenderemos algo más de este Gran Santo. Estad atentos y atentas porque os gustará lo que os voy a contar.

Hace 300 años (no tres como tenéis algunos ahora, ni treinta como tienen los profesores), un grupo de amigos de San Vicente de paúl llegaron a España para hacer catequesis y otras cosas buenas que habían aprendido de San Vicente.

Hacía tiempo que el sacerdote Vicente, que vivía en parís, pero que conocía muy bien a España, quería enviar a nuestra patria a algunos compañeros para eso que hemos dicho antes: hablar de Jesús, ayudar a los pobres, mirar si hacían falta Hijas de la caridad para atenderlos en los hospitales, residencias, y también hacer escuelas.

Con frecuencia hablaba de ello con una señora que se llamaba Luisa de Marillac y con sus amigos que también eran sacerdotes. Se le veía preocupado porque los que mandaban en España lo les daban permiso para venir… Decían que si no tenían papeles, que si "patatín" que si "patatán"…

Como se hacía mayor y tenía algunas enfermedades, murió sin haber visto cómo sus compañeros cruzaban los Pirineos. De todas maneras, murió contento porque sus misioneros le prometieron que tan pronto como acabasen las dificultades vendrían para Barcelona.

Unos años más tarde, en 1704, algunos de sus compañeros, que vivían en Italia, se acordaban de España y buscaron la manera de venir. Los que gobernaban ahora eran un poco más amables y les dieron facilidades y papeles para que vinieran.

Y dicho y hacho. Cogieron un barco en Roma y cruzando el Mediterráneo desembarcaron en Mataró. El mar estaba sereno pero como los barcos eran muy viejos, lo pasaron muy mal y hasta se marearon. Llegaron cansados arrastrando las maletas… En Mataró les esperaba un señor de Barcelona que se llamaba Senjust; los recibió con mucha alegría y les dio una casa para que vivieran, en la calle de Tallers, en la parte más antigua de la ciudad condal. Parece ser que eran tres sacerdotes.

Empezaron a dar catequesis y a hablar de Jesús por todas partes. Las gentes de Barcelona, de Mataró y de otras ciudades y pueblos se encontraban muy bien con esos sacerdotes Paúles. Eran buenas personas y se parecían a San Vicente, su gran amigo y modelo.

Los domingos, cuando la gente oía hablar a los misioneros sentían como su corazón se iba haciendo más compasivo y que pensaban más en los pobres que no tenían apenas para comer… Y comenzaron a visitar ancianos en sus casas y en las residencias, llevándoles alimentos.

Pasaba el tiempo y muchos jóvenes se dieron cuenta de la bondad de los misioneros paúles… los veían y decían: ¡Caramba…! Esto de ser buenos y enseñar el Evangelio de Jesús está muy bien… y quisieron formar parte de su grupo. Por eso en Catalunya y en toda España hay bastantes sacerdotes Paúles.

Dicen que San Vicente de Paúl, que está en el cielo, ríe mucho con los otros santos porque sus compañeros, Sacerdotes Paúles, siguen haciendo bien a todos desde que llegaron a Barcelona hasta el día de hoy.